

“EL DIBUJANTE DE LA GRUTA”

don Juan Balbuena



Madrid, 1915.

-La labor en cuestión requiere alta precisión, y absoluta fidelidad en los dibujos. Huelga decirle que yo tengo plena confianza en usted; tengo amplias referencias de su buen hacer, todas ellas magnificas. Pero debo advertirle que le propongo poco menos que echarse al monte. Porque el trabajo se realizará en el campo, a la vista de los originales, lo cual exige dejar a un lado las comodidades modernas. Viviremos acampados en covachas, abrigos rocosos o tiendas de campaña por días o meses que podrían resultarle interminables, amigo mío. ¿Qué me responde? –Terminó preguntando Hernández-Pacheco.

-Que el género de vida propuesto me agrada. –Respondió el pintor, sin perder de vista al grupo de investigadores y paleontólogos que integraban la expedición de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de Madrid y Barcelona, todos ellos vestidos como si fuesen a realizar una

expedición más propia de las que narraba Julio Verne en sus escritos. Aún no alcanzaba siquiera a intuirlo, pero en aquel crucial instante, aceptada la proposición, su suerte quedó echada para bien del estudio del arte rupestre español.

Santiago de Chile, 1936.

Siente el hombre como es acaudillado por el sopor agónico que procura la muerte. Trata de mantener abiertos los ojos, los párpados aplomados, la mirada cubierta por una mortaja de algas. En la inconsciencia en la que está cayendo, los rostros de quienes lo velan se difuminan hasta hacerse borrosos. La luz de la habitación parece debilitarse de manera enlentecida, como se extingue la llama de una vela, encharcándose la habitación de sombras agoreras...

-Venga, vamos, entremos en la cueva; no tengas miedo. Tú sígueme y pon cuidado en donde pisas, no vaya a ser que te despeñes y esto no sea "un día menos"¹ de tu vida sino el principio del fin de tu existencia.

Se revuelve en la cama, como buscando el lugar del que procede la voz, que él reconoce como la de su amigo y compañero de trabajo, el arqueólogo calaceitano Juan Cabré. Lejos quedan aquellos años en España, su amada patria, de la que tuvo que exiliarse tras la Guerra Civil, él participe de

¹ "Un día menos", cuadro de Benítez Mellado por el que obtuvo una medalla en la Exposición de Bellas Artes de 1911 y que se conserva en el Ayuntamiento de Bujalance.

numerosas expediciones a cuevas y simas, en las que llevaría a cabo las reproducciones y calcos de las pinturas rupestres con tal acuidad que acabó por convertirse en indiscutible referente de ese novedoso arte que se impulsó en los albores del siglo XX como parte fundamental de los estudios científicos y conservacionistas de la Prehistoria.

Como si hubiese sacado fuerzas de flaqueza, abre los ojos de par en par, como súbito se abren los postigos de un balcón para que las estancias que han permanecido durante largo tiempo sumidas en la oscuridad se llenen de luz. Pero todo es negrura a su alrededor, como si se encontrase perdido en la zona más abisal de una cueva. Siente miedo. Mas se calma como por ensalmo al sentir que una mano se apoya sobre su hombro en clara actitud de procurarle sosiego, como suelen hacer los amigos de verdad, que, sin necesidad de ser llamados, acuden junto a sus amigos en los momentos más trascendentales, sobre todo en los más aciagos.

-Tranquilo amigo, que no estás solo en este trance. Fijate en quiénes han venido conmigo. ¿Los ves?

Ante la pregunta, el hombre abre los ojos de par en par. Indaga con la vista inquieta. El hombre reconoce al amigo, y universal pintor cordobés, Julio Romero de Torres, la amistad entre ambos consolidada otrora a través de su común amor por el ámbito telúrico cordobés. El moribundo cree vislumbrar a

través de su aguanosa mirada un espacio que le resulta familiar: "el interior de una casa de Bujalance"².

Parece la escena de un alegre velatorio, los rostros de cuantos allí se congregan extrañamente sonrientes. El hombre reconoce con total certitud a José García Ramos y a Joaquín Sorolla, afamados pintores y maestros que dejaron una marcada impronta en su arte, de la que él siempre habría de sentirse orgulloso. Ambos dan paso a una mujer. Entonces es cuando el moribundo siente su corazón alborotado. Porque acaba de distinguir a su madre, justo como él recordaba que era su rostro en su niñez, entonces corriendo a refugiarse en su regazo para mitigar sus angustias y temores. Permanece de pie en lo que parece la entrada a una oscura habitación. Ella lo llama con dulzura:

-Francisco, hijo mío, ven con nosotros. No tengas miedo. Venga, acércate. Mira lo que tengo para ti.

Francisco clava los ojos en la bandeja que le ofrece la madre, colmada de pestiños, caracolillos, roscos de naranja, almendrados y cuajados de Bujalance. Ante tan dulce visión, siente que la boca se le hace agua. Se dirige a reencontrarse con su amigos y su madre, quienes se adentran en la habitación, en una cuarto que al pintor bujalanceño Francisco Benítez Mellado se le antoja tan grande, oscura y profundo como solo puede serlo una gruta...

² "El interior de una casa de Bujalance" es una obra pictórica de Benítez Mellado que se encuentra en paradero desconocido, y por la que obtuvo una mención de honor en una exposición llevada a cabo en Madrid.